

ron pruebas de conocer á Dios, los abandonó á un réprobo sentido para que hiciesen cosas indignas de ellos, puestos á merced de sus pasiones (1). Por ello, dice Isaías, el impío es como un mar agitado por encontrados vientos (2), que amenazan sumergir la navicilla del alma en el abismo, si, como los Apóstoles en el mar de Tiberíades, no se apresura á despertar á Jesucristo, cuyo recuerdo vive todavía, aunque dormido, por así decirlo, en el corazón apasionado y corrompido del pecador. Él solo puede, levantándose, mandar á los vientos y al mar, y convertir la tempestuosa agitación en admirable calma, para que la nave llegue al puerto con milagrosa prontitud y seguridad (3).

Hé aquí lo que viene á hacer Jesucristo, restituyendo las cosas al estado primero, y restaurándolo todo en el cielo y en la tierra (4). Hé aquí lo que hace su Religión. ¿Cómo lo hace? Enseña al hombre la verdad, haciendo que brille la luz de la fe, como lámpara en lugar tenebroso (5), para que á su resplandor descubra y distinga el verdadero bien del verdadero mal; pone freno á sus pasiones desordenadas con la perspectiva de la recompensa y del castigo temporal y eterno, y sobre todo, les da un alimento propio de la grandeza del hombre, y las gobierna y dirige con reglas y preceptos, cuya observancia da la paz al corazón y le hace disfrutar las delicias de una felicidad verdadera, que incoada en la tierra ha de consumarse en la eternidad. Veamos, hermanos, esta acción regeneradora del Catolicismo.

- (1) Rom. I.
 (2) Isai. LVII, 20.
 (3) Matth. VIII.
 (4) Ephes. I, 10.
 (5) II Petr. I, 19.

SEGUNDA PARTE.

Recordad, Señores, otro de los admirables hechos evangélicos: la conversión de la Samaritana. En él encuentro explicada y compendiada esta acción regeneradora del Catolicismo, y por lo mismo, quiero fijarme en este pasaje que, como los demás de la historia de Jesucristo, son la mejor base de la doctrina que debe enseñar el Ministro del Evangelio. Este hecho está lleno de misterios, dice San Agustín (1). Jesucristo se sienta junto al pozo esperando á aquella mujer. Sale esta de Sichem, ó Sichar, cargada con su cántaro, llega al pozo, y sin hacer caso del Salvador, arroja el cubo á lo profundo y llena su cántaro, disponiéndose á volverse sin decirle una palabra. Detiéndola Jesús pidiéndole que le dé de beber, y entáblase el diálogo que ha de tener por resultado su conversión y la de toda la ciudad (2). Esta primera parte del hecho evangélico nos retrata á la humanidad dominada por las pasiones. Sichem ó Sichar, como por desprecio llamaban los judíos á aquella ciudad, significa tierra de embriaguez (3), y las pasiones embriagan en verdad al hombre, envolviendo su inteligencia en crasos vapores que se levantan de sus apetitos desordenados. El agua del pozo representa, dice San Agustín,

- (1) Verba plena misteriis, graviora sacramentis. (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)
 (2) Joann. IV.
 (3) Natal. Alex. in hunc locum.

la sensualidad del siglo, el goce, la felicidad engañosa que busca el hombre en el pozo de las criaturas, que solo en profundidad tenebrosa ofrece lo que pide la pasión (1). La mujer es la figura del que todos los días y á todas horas acude á sacar de esa profundidad el agua que apague su sed de felicidad (2). El cubo, en fin, es la figura de las mismas pasiones que arroja el hombre al pozo de las criaturas, y que solo descendiendo hasta el fondo se llena para vaciarse luego, y de nuevo volverse á llenar, y volver á quedar vacío (3).

A esta tierra de embriaguez viene Jesucristo, y recostándose junto al pozo de la concupiscencia para hablar al corazón del hombre, le pide agua, le pide que satisfaga sus deseos. Estos deseos de Jesucristo son bien distintos de los de la criatura corrompida (4): son los deseos de glorificar al Padre y salvar al mundo, en los cuales encuentra su alimento (5). Pero vestido de nuestra carne, habla y obra como hombre, á fin de insinuarse en el corazón del hombre. Si tú supieras, dice á aquella mujer, quién es el que te pide de beber, lejos de despreciarle, le pedirías á tu vez que te diese otra agua superior á esta, porque el que bebe de esta agua vuelve á tener sed, pero el que bebe de la que yo

(1) Aqua in puteo est voluptas sæculi in tenebrosa profunditate. Hinc eam hauriunt homines hydria cupiditatum. Cupiditatem quidem prout submitunt ut ad voluptatem haustam de profundo perveniant. (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)

(2) Id. id.

(3) Pone ergo hydriam, cupiditatem, et aquam de profundo, voluptatem. (Id. id.)

(4) Sitebat plane non potum hominum, sed salutem; non aquam mundi, sed redemptionem generis humani. (S. Ambros., *Sermo de elemosyna et muliere samaritana.*)

(5) Joann. IV, 34.

le daré, no tendrá ya sed en adelante, porque se formará en su interior una fuente de aguas que salten hasta la vida eterna (1).

Ved, hermanos míos, descubierta en estas palabras la admirable acción del Catolicismo sobre el hombre, ordenando y dirigiendo sus pasiones para su perfecta regeneración. Notad primero que Jesucristo y su Religión no condenan las pasiones: para ello debieran cambiar la naturaleza, y quitar al hombre el corazón y el alma; pero las moderan y encaminan hácia un objeto noble, santo, imperecedero, que es lo que puede conseguir el hombre, dice San Jerónimo (2). Reconoce una sed de fidelidad en la criatura, y le dice: «Yo te daré una agua capaz de satisfacer tu sed.» Para excitar en el corazón el deseo de esta agua, le dice como á aquella mujer: «El agua de las criaturas no satisface: la pasión embriaga un momento; pero luego renace la necesidad, y se siente más el vacío del corazón.» ¿Y no es esto una verdad, Señores? ¿Quién ha visto jamás plenamente satisfechos los deseos de su corazón? ¿Quién no se ha visto precisado á correr de nuevo al pozo y arrojar su cubo para llenarlo de una agua cada vez más cenagosa, más corrompida y corruptora? (3) ¿Quién no se ha visto en la necesidad de confesar con San Agustín, que su corazón ha estado y está siempre inquieto y ansioso, sin ver jamás satisfecha su

(1) Joann. IV, 13, 14.

(2) Affectus et perturbationes quamdiu in tabernaculo corporis hujus habitamus, et fragili carne circumdamur, moderari et regere possumus, amputare non possumus. (S. Hieronym., *Ep. 8 ad Demetriadem.*)

(3) Pone ergo hydriam cupiditatem, et aquam de profundo voluptatem. Cum pervenerit usque ad voluptatem sæculi hujus cibus est, potus est, lavacrum est, spectaculum est, concubitus est. Numquid non iterum sitiet? (S. Aug., *Tract. 15 in Joann.*)

sed abrasadora? (1) Este conocimiento, esta confesion, es la primera luz que envia Jesucristo al entendimiento del hombre. Feliz el que la aprovecha y le dice como la Samaritana: «Señor, dadme esa otra agua que me ofreceis, para que no tenga necesidad de venir cada dia á llenar mi cántaro en esa fuente (2).

¿Cuál es esa agua divina que ofrece el Catolicismo? Es el alimento legítimo de las pasiones del hombre, el que debiera haber buscado siempre, y voluntariamente renunció. Dos males ha hecho mi pueblo, dice el Señor: «Me ha dejado á mí, que soy la fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas que no pueden contener las aguas.» (3) El que bebe de estas vuelve á tener sed; pero el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá más sed, porque la poseerá dentro de sí á todas horas, y en la paz del corazon, en la armonía de todo su sér se elevará poderoso sobre sí mismo. Prueba de que esto es lo que Jesucristo vino á dar al hombre, es que no solo á aquella mujer, sino á todos la ofreció, cuando en medio del templo clamaba: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.» (4) ¿Qué agua es esta? Es, hermanos míos, la fe de Jesucristo, y la luz que ellá derrama sobre la inteligencia, y la vida que da al corazon. Por ello añadè el Salvador: «El que beba de esta agua, el que crea en mí, verá nacer en su seno corrientes de aguas vivas.» (5) Corrientes, Señores, rios que, dirigiéndose á todas sus potencias, á todos sus sentidos, alimentarán á todo el hombre para que puesto al riego de estas aguas, vea

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. Aug., *Confess.*, lib. 1, cap. 1.)

(2) Joann. IV, 15.

(3) Jerem. II, 13.

(4) Joann. VII, 37.

(5) Id. id. 38.

crecer árbol de virtudes, cuyo fruto será la paz y la felicidad.

Para que no nos quepa duda, San Juan explica las palabras de su maestro. En esto, dice, significaba el espíritu que debian recibir los que creyesen en él (1). Este espíritu nos ha sido dado, dice San Pablo, y ha difundido la caridad en nuestros corazones (2). Adoptados por Dios, continúa el mismo, hemos recibido, no un espíritu de esclavitud y de temor, sino espíritu de amor, espíritu de hijos de Dios (3), y donde está el espíritu de Dios, allí se encuentra la libertad (4).

Las pasiones nos esclavizan (5), y el hombre esclavo no puede ser feliz. No es dueño de sí mismo, quien no puede decir á sus apetitos como San Pablo: «De aquí no pasarás: te considero como un esclavo, y te sujeto, te encadenó: no dominarás mi corazon.» (6) Aunque sea rey, dice San Agustin, es un esclavo, no de uno, sino de tantos tiranos cuantas son sus pasiones (7). De esa esclavitud nos libra el espíritu de Dios; nos hace libres de nosotros mismos. Es su primer efecto. Acordaos, dice el Apóstol, que no sois esclavos, sino libres, con la libertad que os ha alcanzado Cristo (8). Ved aquí, pues, la fuen-

(1) Joann. VII, 39.

(2) Rom. V, 5.

(3) Id. VIII, 15.

(4) II Corinth. III, 17.

(5) Omnis passio servilis est. (S. Aug., *de vita beata*, lib. 2, cap. 3.)
Unusquisque affectus ac perturbatio, cum prævalet ac dominatur, animi nostri tyrannus est. (S. Greg. Naz., *tract. in funere Pulcher.*)

(6) I Corinth. IX, 27.

(7) Malus autem, etiam si regnet, servus est; nec unius hominis, sed quod est gravius, tot dominorum, quot vitiorum. (S. August., *de Civit. Dei*, lib. 4, cap. 4.)

(8) Gal. IV, 31.